

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



**El ángel
pecador**

POR
Nancy Carroll
Y
Gary Cooper

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

.....

El ángel pecador

Sentimental asunto, interpretado por

Gary Cooper y Nancy Carroll



Es una superproducción **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA



El ángel pecador

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Los Estados Unidos acababan de romper las hostilidades. Fué aquel año famoso en que los campamentos franceses recibieron a sus ahijados del Nuevo Mundo para dar fin a una guerra que había dejado ya en la historia huellas indelebles.

El Presidente de la Unión Norteamericana se había pasado toda una noche encerrado en su despacho para resolver, y salió de allí con la convicción dolorosa de que no había más remedio que romper las hos-

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

tilidades y con un discurso escrito en el que exponía al Gobierno su determinación.

Hubo mitines. Los periódicos dedicaban al asunto la primera plana. Aparecieron carteles por las esquinas.

Y los discursos, las noticias periodísticas, los carteles, el pueblo en masa, sólo decían y pedían una cosa: que los jóvenes norteamericanos se aprestaran a defender su bandera, el estrellado pabellón de la República Norteamericana.

Fué aquel año inolvidable en que, llevados los hombres de un loco afán de lucha y destrucción, se conquistó el aire con ágiles y nerviosos pájaros metálicos que llevaban sobre la cabeza dos ametralladoras; se sondearon las profundidades submarinas con peces de acero que irradiaban torpedos mortales; se construyeron viviendas en el refugio del subsuelo; se emponzoñó la atmósfera con gases que asfixiaban o producían enfermedades espantosas, y todo el mundo se conmovió al estampido de la "Gran Berta", nombre humorístico con que se disfrazó a una máquina de guerra espantosa e infernal que proyectaba la muer-

te de un pueblo a otro en obuses de 42 centímetros de diámetro.

Fué aquel año inolvidable, pero que todos debemos tratar de olvidar...

* * *

De todos los pueblos, de todos los Estados, comenzaron a acudir jóvenes valientes y honorables que respondían a la llamada de su bandera.

No había en Nueva York sitio para todos y fué preciso improvisar cuarteles y campamentos.

Las oficinas de reclutamiento se multiplicaron en aquellos días, que se convirtieron en semanas. Estos hechos se desarrollaban en el país más rico del mundo y todo podía solucionarse a fuerza de dinero.

No se sabe cómo, antes de que el mundo se diera cuenta cabal de lo que ocurría en el país de los rascacielos, cada soldado tuvo un equipo de ropa completo y armas nuevas y excelentes a las que no se les agotaría el alimento nunca.

Silbaban las sirenas de los buques de guerra, zumbaban los motores de los aviones de ensayo, se oían continuamente músicas marciales.

Norteamérica, y especialmente Nueva York, palpitaba béticamente.

Sin embargo, no todos los ciudadanos de la metrópoli del dólar participaban de esta trágica palpitación. Nos bastará, para demostrarlo, el siguiente ejemplo obtenido en la realidad:

En una lujosa habitación de una de las principales avenidas, vemos una muñeca de carne envuelta en las holandas de su lecho. Por el embozo asoma el cabello rubio y rizado y los hombros blancos y desnudos. Sus pestañas inmensas, arqueadas, tupidas, ponen sobre los ojos una curva de tentación. En el aposento hay olor a cigarrillos turcos y a perfumes adormecedores. Todo ostenta un lujo indolente de cocotte histérica y afortunada. Prendas íntimas, breves y primorosas, perfumadas y llenas de encajes, yacen sobre cojines y canapés en posturas violentas. Se ve que han sido arrojadas allí por la mano de una dueña que te-

nía prisa por gozar de la blandura del lecho y de la frescura de las sábanas.

De pronto, revuélvese la durmiente. Son las once de la mañana y el sol inunda el aposento, pero más fuerte que el sol es el cansancio y el sueño del bibelot de cabellos rubios.

¿Qué es lo que la inquieta? ¿Qué es lo que hace temblar aquellas pestañas de oro y dar media vuelta a la linda cabecita, y enclavijarse los pétalos de los dedos, y palpituar el seno fuerte con el ritmo acelerado y hondo de la zozobra?

Muy sencillo. Es que pasa un regimiento camino de un improvisado cuartel. La vibración metálica de las trompas llega hasta las azoteas, y la ventana del cuarto de nuestro bibelot está abierta de par en par.

Cuando el son de las cornetas se va apagando se hace más intenso el ritmo triunfal de una banda de música.

Esto es ya insoportable. La muñeca viva se incorpora. El fuerte reflejo del sol hiere su vista. Da un grito iracundo.

—¡Concha!

Y al punto aparece una doncella.

—¿Qué desea la señorita?

—¡No se puede dormir con este ruido! ¿Qué pasa en la calle?

La doncella se asoma a la ventana. Se emociona.

—Son los soldados, amita. Los pobrecitos soldados que se preparan para partir.

—Podían hacerlo sin molestar a nadie.

—¡Desdichados! Acaso no volverán. Se van a la guerra, donde de diez queda uno vivo.

—Bueno, bueno! Cierra esa ventana y déjame dormir.

Concha sonríe por última vez a los uniformados hombrecillos que se ven allá bajo, en el piso de la calle, y cierra la ventana y baja el transparente.

Ya no se oye la música. Ya no dispersa el sol la grata penumbra. La doncella mulata sale de puntillas y la figulina de carne vuelve a cerrar sus ojos inmensos, rasgados, maliciosos...

II

Entre las tropas que desfilaban por la magnífica avenida destacaba un soldado que lo contemplaba todo con ojos asombrados.

Era un muchacho alto y arrogante, de ojos azules y mirada un poco triste.

A pesar del embobamiento que todo le producía, se veía que su sangre no era de palurdo. No, no era un vulgar paletó aquel muchacho y alto y delgado, gentil, de manos blancas y mirada triste.

Sonó una corneta y todos se detuvieron. La gente se amontonaba en las aceras para ver pasar a los héroes y los saludaba con la mano y les dirigía palabras animosas. La mayoría eran muchachas que enviaban a los anónimos paladines el obsequio piadoso de una sonrisa.

El muchacho de ojos azules, al detenerse la tropa, había levantado la cabeza para

contemplar el rascacielos más alto de Nueva York. Era magnífico. Docenas de pisos. Millares de ventanas. En su vida había visto cosa semejante.

—¿Qué te pasa, *Tejas*? Estás embobado como si en tu vida hubieras visto una casa.

—Verdaderamente, no había visto ninguna como ésta ¡Si parece una torre de Babel!...

—¿Es que no habías estado nunca en Nueva York?

—Era muy pequeño cuando viví aquí. He pasado la vida en el pueblo.

Y *Tejas* volvió a mirar hacia arriba y comenzó a contar las ventanas.

Entretanto, tres de los compañeros que le rodeaban habían echado el ojo a tres jovencitas que, desde la acera, les miraban y hacían alegres comentarios... alegres porque cada vez que cruzaban palabra reían juvenilmente.

Los tres soldados hacían lo mismo y, por fin, uno de ellos, muy ducho en las artes del flirt y al que sus compañeros llamaban Jorge, les hizo por señas una invitación.

Señaló, una a una, a las tres muchachas.

Luego hizo lo mismo con ellos tres y en seguida pronunció el nombre de una plaza y una hora.

Las muchachas comprendieron que se trataba de una cita y su respuesta fué coger del brazo a una cuarta muchacha que estaba oculta entre la multitud y sumarla al grupo, diciendo claramente por señas:

—Somos cuatro y no tres.

El jactancioso Jorge tuvo un gesto de indiferencia. Eso se arreglaba bien pronto... Y dió a *Tejas* un golpecito en la espalda.

—Oye, camarada. Deja de contar ventanas y dinos si te gustaría venir esta noche de jaleíto con nosotros. Ellas son aquellos cuatro bombones que nos sonríen desde la acera.

Tejas las contempló un momento. Por la desenvoltura que demostraban, comprendió que él sólo les serviría de hazmereír y formuló una excusa:

—Lo siento mucho, Jorge, pero no puedo ir con vosotros. Tengo una cita con mi novia.

Jorge se echó a reír burlonamente.

—¿Qué os parece? Tiene una cita con

su novia. ¡Como no se haya declarado a la estatua de la Libertad!... No nos haces falta, Tejas. Verás qué pronto encontramos un compañero castizo.

En efecto, el segundo que fué invitado a acompañarles se frotó las manos jubilosamente al ver a las muchachas, y de buenas a primeras arrojó varios besos a la que Jorge le había destinado.

—A las nueve, ¿eh?—gritó Jorge después de comprobar que el oficial no estaba cerca.

—¡A las nueve! — convino una de las muchachas en nombre de todas.

Volvió a sonar la corneta y los soldados reanudaron la marcha.

* * *

Apenas había conciliado el sueño la muchacha de cabellos rizados y pestañas de oro, sonó el timbre del teléfono y la despertó.

—¡Concha! ¡Conchaaa!—gritó, incorporándose furiosamente.

Apareció en seguida la doncella mulata.

—Veas quién es y envíale al diablo. Se han empeñado en no dejarme dormir esta noche.

—Son más de las once de la mañana, señorita.

—¡Nadie te ha preguntado la hora!

Concha descolgó el auricular, prestó atención un momento y dijo a su nerviosa señorita, cubriendo el transmisor con una mano:

—Es el maestro de baile del teatro, señorita. Dice que el ensayo ha comenzado a las diez y que por qué no ha ido usted todavía.

—¡Ese maldito Jerry se ha creído que puede tratarme a mí como a una de las pobrecitas muchachas del conjunto! Dile que no puedo ir y que si quiere más explicaciones que se las pida a Bailey.

Así lo hizo Concha y ya se iba a marchar cuando su dueña la detuvo.

—Es inútil que vuelva a intentar dormirme. Entre los soldados y el teléfono han conseguido ponerme nerviosa. Dame la ropa y prepárame el baño y el desayuno.

Concha fué recogiendo las menudas y delicadas prendas interiores que se hallaban esparcidas por la habitación, preparó el baño y pidió a la cocina el desayuno.

La artista se bañó y se vistió rápidamente. Para algo había de servirle el nerviosismo. No iba vestida de calle, sino en un elegante deshabillé que dejaba al descubierto las piernas magníficas y, de vez en cuando, un fascinador relampagueo de carne blanca.

Sonó el timbre de la puerta y compareció un caballero impecablemente vestido, muy gentil en sus movimientos, en esa edad interesante de la segunda juventud. Llevaba una revista en la mano.

—¿Cómo ha pasado la noche la pequeña Daisy?

—Muy mal, hijo mío. Hoy todo se ha confabulado contra mí.

—¡Caramba, caramba! Menos mal que traigo aquí algo interesante para la traviesa vedette.

Y le entregó el periódico que llevaba en la mano.

Daisy comenzó a pasar hojas afanosa-

mente. Por fin halló su retrato. Ocupaba una página entera de las dos centrales y en el pie se leía:

“Daisy Heath, la bellísima vedette que tan brillante éxito ha obtenido esta temporada en uno de los principales teatros de Broadway.”

Estaba bellísima y esto lo comprobó Daisy muy satisfecha, pero no por eso dejó de exclamar:

—¡Bien podías haberlo hecho publicar en la cubierta!

—Si crees que la cubierta vale más que la página central te equivocas, Daisy.

—Siendo así, no digo nada.

Y dió las gracias a Bailey con un beso.

La doncella deslizó a su lado la mesilla con el desayuno y, al echar el azúcar en el té, vió Daisy con asombro que sólo había un terrón en el platillo.

—Sabes que tomo siempre el té con cuatro terrones. ¿Por qué no me has traído más que uno?

—El Gobierno ha ordenado que se economice el azúcar. Es una necesidad de la guerra.

—¡Qué me importa a mí la guerra! Tráeme en seguida los tres terrones que faltan.

—Ten juicio, Daisy—la amonestó Bailey—. Hay que sacrificarse un poco, nada más que un poco. Piensa en esos muchachos que van a jugarse la vida en plena juventud.

Con un mohín de fastidio, Daisy echó el terrón en la taza de té y comenzó a moverlo pausadamente con la cucharilla.

III

Por la noche, *Tejas* salió del cuartel antes que Jorge y los otros tres compañeros. Así, haría más verosímil su cita con la imaginaria novia.

La fatalidad quiso que se los trapezara en una calle de Nueva York cuando estaba pensando qué dirección tomaría.

Jorge y sus camaradas pasaron por su

mismo lado. Cada cual iba cogido del brazo de una muchacha.

—Miradlo—dijo Jorge—. Está esperando a Miss Universo.

El uno le golpeó en un hombro, el otro le dió con el dedo en el abdómen, Jorge le tiró de la nariz.

Tejas les vió alejarse calle arriba, sin hacer un movimiento, sin ni siquiera acerar a sonreír.

Toda la noche estuvo vagando al azar. Se aburrió soberanamente. Al fin, se encontró con que desconocía el camino del cuartel.

Estaba en medio de una gran plaza que, de pronto, fué invadida por una multitud de automóviles. Era la hora de la salida de los teatros.

Huyendo de aquella barraúnada, ganó el centro de la plaza y se instaló al lado del agente regulador del tránsito, el cual le miró con simpatía al ver que iba vestido de uniforme.

—¿Qué desea usted, amigo?

Tejas no necesitaba nada, pero en segui-

da se le ocurrió el modo de aprovechar la gentileza del agente.

—Pues verá usted... Resulta que tengo que regresar al cuartel y no sé el camino.

—¡Bah! Eso tiene fácil arreglo. Haré que le lleven en automóvil.

Hizo sonar el pito de súbito y todos los automóviles se detuvieron en seco.

—Venga usted conmigo—dijo el agente, dirigiéndose al auto más próximo—. ¿Por qué no ha parado usted cuando he tocado el pito?—preguntó al chofer.

—He parado instantáneamente.

—Es usted un solemne embustero.

Por la ventanilla asomó una cara de muñeca, que el agente reconoció en seguida. Era Daisy Heath, la famosa vedette.

—Tengo prisa, guardia.

El guardia se la quedó mirando fijamente.

—Perfectamente; pero como nadie le ha preguntado a usted nada, le pondré cincuenta dólares de multa si no lleva usted a este soldado al cuartel.

—Prefiero pagar los cincuenta dólares —dijo Daisy, retirándose de la ventanilla.

Pero el agente abrió la portezuela e hizo entrar al soldado en el automóvil.

—Si no lo lleva usted al cuartel la meteré en la cárcel.

Y, dando un portazo, dijo al chofer dónde estaba el cuartel de los soldados que habían llegado aquella mañana a Nueva York.

* * *

Rodaba el auto por las calles asfaltadas.

Daisy se había retirado a un rincón y soportaba con indignación aquella tiranía a la que no estaba acostumbrada. Cada vez le parecían más enojosos los soldaditos, la guerra y el presidente de la República.

Tejas contemplaba a la artista embobado. Si impresión le habían producido los rascacielos, mucho más le admiraba aquella bellísima criatura de piel de terciopelo y pestañas de oro. En su vida había visto maravilla semejante.

Al sentirse mirada con tal insistencia, Daisy se volvió.

—¿Es que no ha visto usted nunca una mujer?

El soldado no retiró los ojos azules. Sostuvo la desdeñosa mirada con noble franqueza.

—He visto mujeres, señorita, pero como usted ninguna.

¡Qué extraordinaria sinceridad había en aquellos ojos azules, qué verdad y qué respeto en el tono de aquella voz!

Acostumbrada a la adulación convencional, a la fría gentileza de sus cien admiradores, aquello fué para Daisy algo nuevo y conmovedor que la hizo cambiar inmediatamente de actitud. Ya no le molestaba el llevar a aquel soldado al cuartel, aunque éste estaba en un extremo de la urbe.

Hubo un silencio. *Tejas* no sabía qué decir a aquella dama, pasado el período de la contemplación. ¿Debía hablar? ¿Debía callar respetuosamente?

De pronto, manifestó:

—Señorita, me llamo Guillermo Fyler y me agradaría poder corresponder de algún modo a sus bondades.

Daisy sonrió levemente.

—¡Bah! No tiene que agradecerme nada. Da lo mismo acostarse media hora antes que media hora después.

Sin embargo, un bostezo siguió a estas palabras. Tenía sueño. Las consecuencias de haberse levantado a las once. Su cuerpo no estaba acostumbrado a aquellos madrugones.

No volvieron a cruzar palabra hasta que llegaron al cuartel.

Entonces ocurrió algo catastrófico. Al bajar del auto, uno de los enormes pies de Guillermo cayó sobre uno de los diminutos de Daisy, la cual profirió un grito angustioso.

—¡Oh, perdón! ¿Le he hecho daño?—demandó Guillermo con desesperada consternación.

—¡No, hombre, no! ¡Pero vaya piecitos que usa usted!

En vano se esforzaba por ser amable. Un pisotón con botas de reglamento es superior a todo propósito de gentileza.

Ya iba a cerrar la portezuela Guillermo cuando vió que a la entrada del parque convertido en campamento, Jorge y sus cama-

radas contemplaban la escena con asombro. Comprendió en seguida la causa de aquella estupefacción y concibió rápidamente un plan, que puso en práctica.

Volvió a abrir de par en par la portezuela y volvió a despedirse de Daisy, pero esta vez sonriendo y con la desenvoltura del que habla a una de sus más íntimas amistades.

Extrañada y un tanto molesta, Daisy dió al chofer orden de partir y Guillermo se quedó plantado en medio del paseo, diciéndole adiós con la mano.

Sus amigos, que habían visto a la ocupante del auto, estaban cada vez más perplejos. Unicamente Jorge, creyó de pronto dar con la verdad de aquel hecho inusitado.

—Eso es que se ha perdido y le han traído hasta aquí por lástima.

Guillermo pasó por el lado del grupo, mirando a sus compañeros por encima del hombro.

—¡Hola, muchachos! ¿Qué, os habéis divertido mucho? —les preguntó con tono protector.

Y se fué a un puesto de periódicos que había unos pasos más allá y adquirió una revista cualquiera. Se sentó en un banco, puso una pierna sobre la otra y comenzó a pasar las hojas displicentemente.

Se acercó Jorge.

—¿Es ésa tu novia, *Tejas*?

Guillermo hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—¿Cómo se llama? —volvió a preguntar Jorge.

Guillermo se desconcertó un poco, pero se rehizo inmediatamente.

—Pues se llama... Sibila Lee.

De pronto, sus ojos se fijaron en la página central de la revista, por donde estaba abierta en aquel momento, y vió que allí estaba retratada la dama del auto.

Al pie se leía su nombre: *Daisy Heath*. Y Guillermo tuvo el tiempo justo para decir:

—Pero su nombre de artista es *Daisy Heath*.

IV

A la mañana siguiente, Guillermo tuvo una excelente idea. Se fué a la Redacción de la revista que había publicado el retrato de Daisy y allí adquirió uno por veinticinco centavos, al que sólo le faltaba un marco para ser una verdadera obra de arte.

Le entregaron un recibo de los veinticinco centavos y con él y con el retrato se dirigió Guillermo al cuartel, y si bien arrojó el recibo al suelo, el retrato lo colocó a la cabecera de la cama.

Por la tarde, a las horas de descanso, se dedicó a la contemplación de lo que para él era ya un tesoro. Tumbado en el estrecho catre con los pies en la cabecera y las manos debajo de la nuca estuvo mirando y mirando y sostuvo con ella un largo diálogo mental.

De pronto oyó una voz a su lado.

—Si para todo eres tan cursi como para el amor va a ser cosa de echar a correr.

Guillermo se volvió. Era uno de los camaradas que la noche anterior le habían requerido inútilmente para que les acompañara: un compañero envidioso de su suerte.

—Es que no todas las mujeres son igual —repuso Guillermo enfáticamente—. Una pobrecilla que el azar nos depara para una hora sería verdaderamente ridículo que nos preocupara. Pero cuando se trata de una de las mejores artistas de Broadway, a la que se conoce desde mucho tiempo y con la que se tiene verdadera intimidad, es lógico que se le tenga cierta estimación.

El amigo rió burlonamente y se fué a hacer comentarios punzantes con sus compañeros.

De pronto irrumpió Jorge en el inmenso dormitorio, y llamando a parte a los tres soldados que le habían acompañado la noche anterior, les comunicó confidencialmente:

—Acabo de enterarme de una cosa muy

grande. El retrato que tiene *Tejas* a la cabecera de su cama lo ha comprado por veinticinco centavos en la Redacción de un periódico semanal. Lo cual quiere decir que ni esa muchacha es su novia ni tiene que ver nada uno con otro. De existir siquiera entre ellos la amistad, esa artista no habría consentido que él se gastara dinero en un retrato suyo: se lo habría regalado como lo regala a todos los amigos.

—¡Menudo sinvergüenza!

—Para que te fíes de los de pueblo.

—Pero yo ya he discurrido la forma— declaró Jorge guiñando un ojo— de darle su merecido por habernos engañado.

—¿Qué has pensado?

—Pues muy sencillo. Llevarle esta noche a la puerta del teatro donde su pretendida novia trabaja y ponerle en el trance de dirigirse a ella para recibir, a lo mejor, una bofetada, o de cantar las verdades.

—¡Estupendo!

—¡Es una gran idea!

—¡Lo que nos vamos a divertir!

Acto seguido se acercaron a la cama de

Guillermo y Jorge le preguntó con disimulada sorna:

—¿Has de ir también esta noche a recoger a tu novia a la salida del teatro?

—¡Naturalmente! — repuso Guillermo con naturalidad.

Ya no se separaron de él un momento y por la noche, cuando ya se habían marchado todos los que disfrutaban de permiso, Guillermo se vió en el caso de decir:

—Bueno, me voy, porque a mi novia le gusta que la vea trabajar. Si no fuera al teatro se enfadaría.

Jorge guiñó un ojo a sus compañeros y repuso:

—Te acompañamos. También nosotros vamos hacia Broadway.

—Perfectamente. Como supongo que iréis a algún teatro, os acompañaré hasta la puerta y después me iré yo en busca de Daisy.

Pero, una vez en Broadway, resultó que los amigos de Guillermo se empeñaron en entrar en el teatro en que trabajaba Daisy y el pobre *Tejas* se vió negro para disuadirles.

Al fin, pudo inducirles a que fueran a otra parte, pero sólo lo consiguió cuando prometió que él les acompañaría.

Cuando terminó la función, el conflicto adquirió caracteres catastróficos. Los amigos de Tejas le condujeron al teatro donde su novia trabajaba, se instalaron con él cerca de la puertecilla del escenario y se empeñaron en permanecer allí hasta que Daisy saliera. Querían ver de cerca a aquella preciosidad de novia que el azar le había deparado.

Guillermo recurrió a las más absurdas excusas y, al fin, como ninguna fuera aceptada por sus amigos, se dirigió hacia la puertecilla del escenario, la abrió y fingió cruzar algunas palabras con un portero imaginario.

Volvió sonriente al lado de sus amigos.

—¿No lo dije? Ya se ha marchado.

Pero aun no había terminado de pronunciar la última sílaba de la frase, cuando la puertecilla del escenario se abrió y apareció por ella Daisy en persona.

A Guillermo le temblaron las piernas, se le nubló la vista y se le enrojeció el rostro.

—¡Pues sí que te han informado bien! —exclamó Jorge—. Anda, ve a saludar a tu palomita.

Al mismo tiempo, le dió un empujón, a consecuencia del cual disminuyó considerablemente la distancia que mediaba entre Guillermo y Daisy.

Ella había vuelto la cabeza y le miraba con curiosidad, viendo la angustia que reflejaba su rostro.

Con paso inseguro, Guillermo se acercó a ella. Había tomado una determinación desesperada.

—Señorita—dijo—, me encuentro en un gran apuro y le pido por Dios que me ayude.

Pero no pudo decir más. Jorge y sus compañeros llegaban hasta ellos y los rodeaban. Se había visto bien claro que Guillermo no conocía a aquella mujer más de lo que la conocía cualquiera de ellos.

—Señorita Daisy—manifestó Jorge socarronamente—, hemos venido para prevenirla de que este sujeto se permite ir diciendo por ahí que es usted su novia.

Y Jorge se quedó mirando a Guillermo

con una expresión de burla que traducida en palabras quería decir: "Toma. Para que otra vez vengas a hablarnos de grandezas".

Daisy no era muy inteligente, pero en el acto comprendió cuál era el apuro en que se hallaba Guillermo y el cual no había tenido tiempo de explicar. Vió la sonrisa burlona, agresiva, de Jorge y sus compañeros y vió la consternación reflejada en el rostro del soldado pueblerino. La determinación fué rápida.

—Guillermo no dice sino la verdad.

Y se cogió de su brazo, apoyó la cabeza en su hombro y se lo llevó calle arriba, ante la estupefacción de los burlones camaradas, los cuales se quedaron como petrificados en medio de la acera.

Al doblar una esquina y ya entre la multitud de una de las calles más concurridas de Broadway, Daisy soltó el brazo de Guillermo y le dijo:

—Supongo que era éste el favor que usted quería que le hiciera.

—Sí. Ese era. Le estaré agradecido toda la vida. Por dos veces ha sido usted para mí como un ángel tutelar. Anoche me con-

dujo al cuartel; hoy me libra de un grave aprieto. Jamás podré pagarle a usted estos dos grandes favores.



—Guillermo no dice sino la verdad.

Daisy se echó a reír. No había para tanto. Aquel muchacho le daba el título de ángel sólo por haberle llevado en un auto al otro extremo de la ciudad y por haber ido del brazo con él por espacio de varios metros. Si el cielo se pudiera conseguir

tan fácilmente, ya podía el infierno cerrar sus puertas.

Y era evidente que aquel muchacho lo decía de todo corazón. Todavía no sabía mentir; todavía no estaba envenenado por el ambiente de farsa y convencionalismo de la ciudad.

—¿Pero qué pretendía usted al decir esa mentira? — preguntó Daisy, sin dejar de reír.

Animado por aquella risa, Guillermo respondió:

—Si me permite usted que la invite a un refresco se lo contaré todo. Es una historia un poco larga.

—Está bien. Vamos a tomar ese refresco.

Guillermo la condujo a un bar, donde Daisy padeció horrores de los que ni siquiera tenía noticia. Tuvo que sentarse en una alta y dura banqueta ante un mostrador, exactamente igual que los ordenanzas de los bancos y las pobres coristas de Broadway cuando, terminada la función, se reunían con sus respectivos novios. Tuvo también que tomar un refresco de frambuesa que sabía a demonios y hubo, en fin, de

soportar las hedores de una cocina barata. Pero estaba visto que aquel muchacho había de obtener de ella lo que nadie obtendría jamás.

La historia que Guillermo le contó era una historia vulgarísima. Estaba sólo en el mundo. Nadie le había querido nunca. Sus amigos tenían novia y él no. En estas circunstancias se desarrollaron los sucesos de la noche anterior. Por no hacer el ridículo y en un instante de estúpida vanidad había querido jactarse ante los amigos de que ella era novia suya, aprovechando las circunstancias de que le habían visto bajar de su coche.

Fué una historia vulgar, sí, pero que Guillermo supo hacer nueva y emocionante con aquella entonación tan noble y tan sincera, tan desprovista de todas las astucias del conversador de sociedad.

Duró cerca de una hora la charla. Al salir, Guillermo le suplicó que no tomaran un auto y que le permitiera acompañarla a pie hasta su casa. Hacía una magnífica noche. Daisy se dejó acompañar, se dejó mirar y se dejó estrechar la mano al des-

pedirse. Es más: ya se disponía Guillermo a alejarse, cuando le ofreció:

—El número de mi teléfono es 5027 de plaza. Si algo se le ofrece no tenga reparo en avisarme.

V

Cuando llegó al cuartel era demasiado tarde. Alguien dió el soplo al oficial de guardia y Guillermo fué castigado a servir en la cocina hasta nueva orden. Pero el lo dió todo por bien empleado. Al entrar en el dormitorio encendió la luz y comenzó a desnudarse pausadamente.

En seguida surgieron varias protestas.

—Apagad esa luz!

—¿Quién es ese imbécil que no nos deja dormir?

Y como Guillermo no hacía el menor caso, de un rincón salió un veterano de mal

genio que se dirigió a él decidido a hacerle apagar la luz por la fuerza.

—¡Ya sabía yo que habías de ser tú, *Tejas*! Ya estamos hartsos todos de esa pelirroja, que no hace sino ocasionarnos molestias. ¡Cualquiera diría que es novia de toda la compañía!

Una carcajada unánime acogió la genialidad.

Pero todos dejaron de reír inmediatamente. El pacífico *Tejas*, al oír llamar a Daisy pelirroja, dió un directo en la barbillla al osado, cuyo cuerpo pasó como un cometa por encima de una cama y fué a caer exánime a unos metros más allá.

Sólo entonces apagó *Tejas* la luz. Bueno estaba lo bueno.

* * *

A la tarde siguiente, apenas terminó de secar los gigantescos rimeros de platos que se amontonaban en la cocina, se apresuró a poner en práctica un pensamiento que le absorbió toda la mañana.

Corrió al teléfono de la compañía y pidió comunicación con el número 5027 de plaza.

Para que el lector comprenda la contes-



... y pidió comunicación con el número 5027 de plaza.

tación que recibió Guillermo a lo largo del hilo telefónico será conveniente que retrocedamos al momento de la noche anterior en que Daisy se separó de él.

Apenas le perdió de vista y se vió en

el sumuoso vestíbulo de su vivienda, la sombra de romanticismo que acababa de nublar su corazón se desvaneció como por encanto. Había sido todo una embriaguez pasajera y, pasado aquel momento, el flirt que había comenzado a parecerle sublime se le presentaba ahora como irrisorio y ridículo.

Su casa estaba llena de amigos y amigas que le esperaban con impaciencia. Desde el umbral vió docenas de hotellas y centenares de copas y vió también a Bailey, que acudía a su encuentro mirándola interrogadoramente.

—¿Qué ha sido eso, Daisy?

—Una estupidez, hijito. Un momento de locura. He estado a punto de enamorarme como una colegiala. ¡Pronto! Dame una copa.

—Una, no. Has llegado cinco copas tarde y cinco te has de beber.

La amiga que así había hablado la cogió de un brazo y la condujo a una mesa donde las cinco copas se alineaban, y aquéllas fueron las primeras de la larga serie que Daisy consumió aquella noche.

A la mañana siguiente, cuando Bailey fué a hacerle la visita acostumbrada, Daisy tenía un espantoso dolor de cabeza y se encontraba enferma de verdad. El exceso de alcohol y de tabaco había producido su natural efecto.

Se quiso levantar para recibir a Bailey, pero tuvo que echarse en seguida en la chaise-longue.

Además, estaba extraordinariamente nerviosa. No sabía cómo ponerse y se quejaba de todo, hasta del modo de volar de las moscas.

Bailey le recomendó quietud, resignación. La aconsejó fraternalmente...

Ella, por toda respuesta, pidió a Concha "una copita de algo". Bailey se interpuso enérgicamente. Ni una gota de alcohol. Se habían acabado las locuras. ¿No comprendía que, de seguir así, lo perdería todo y acabaría por perder la vida?

Daisy dirigió a su amante dos o tres palabras duras y dió otros tantos puñetazos a la chaise-longue; pero él se hizo el sordo y se dirigió al balcón para contemplar la calle a través de los cristales.

Entonces fué cuando sonó el timbre del teléfono.

Concha acudió a la llamada.

Tras una pausa, tapó con la mano el transmisor y dijo a su dueña:

—Es un soldado llamado Guillermo. Dice que usted ya le conoce. Desea hablar con usted.

Daisy se exasperó, como se exasperaba por todo.

—¡Cuando yo digo que los soldaditos van a acabar con mi paciencia!... Dígale usted que no puedo ponerme al teléfono. ¡Que estoy mala! ¡Que me duele la cabeza! ¡Pues hasta ahí podíamos llegar!

Concha transmitió a Guillermo la respuesta.

—¿Quién te llamaba, Daisy?

—Un soldadito sentimental. Con eso de que van a la guerra se creen con derecho a molestar a todo el mundo...

—No está bien que hables así, Daisy. Si tienes la desgracia de pensar tan poco cuerdamente, lo mejor sería que te lo callaras.

—¡Ahora mismo me voy a echar a llorar como si fuera la madre de todos!

—No hace falta echarse a llorar para ser respetuosa con la desgracia ajena. Para ti no existen más que los extremos. O reír a carcajadas o llorar estrepitosamente...

—Mejor es eso que ser un farsante como tú.

Bailey se encogió de hombros y volvió a absorberse en la contemplación de la calle. Estaba visto que con aquella niña caprichosa lo mejor era callar, callar siempre...

Y sólo así pudo haber una tregua de paz en aquella casa.

* * *

Sonó de súbito el timbre de la puerta y Concha fué a abrir.

El visitante se introdujo sin esperar a que Concha le preguntara su nombre y, al ver desde el vestíbulo, por entre las cortinas mal corridas, el cuerpo de Daisy tendido en la chaise-longue, continuó su camino casa adentro.

Era un soldado de aventajada estatura y de semblante simpático, franco y un poco

triste. Llevaba en sus manos un ramo de flores y un paquete.

Cuando Concha se repuso de su asombro y fué a detenerle, ya se hallaba en el ga-



El visitante se introdujo...

binete, en pie ante la chaise-longue y contemplando a Daisy, la cual le miraba a su vez como quien ve visiones.

Era el "soldadito sentimental", Guillermo Fyler, el joven al que por dos veces había prestado ayuda.

También Bailey le contemplaba con asombro. En seguida comprendió que se trataba del soldadito que había telefoneado hacía una hora.

—Me han dicho que estaba usted enferma—declaró el soldado—y me he apresurado a venir a visitarle... Sí que tiene usted cara de enferma. Debe echarse algo a los pies.

Se había sentado en una banqueta que había al lado de la chaise-longue y la miraba y hablaba con gran interés, muy preocupado por la enfermedad de Daisy.

—Le he traído estas flores que, como usted ve, son muy bonitas. Tenga. Las flores acompañan mucho. Estoy seguro de que entre las flores y yo lograremos distraerla y que se le pase el dolor de cabeza.

Daisy se dejó envolver en aquella solicitud, en aquel afecto tan limpio y tan lleno de fe. Jamás se había sentido acariciada por nada tan suave y tan puro y tan sincero como aquel interés, como aquella estimación.

Reparó de pronto Guillermo en la pre-

sencia de Bailey y se puso en pie instantáneamente.

Miró alternativamente a Bailey y a Daisy con expresión interrogadora.



Llevaba en sus manos un ramo de flores y un paquete...

La artista salió fácilmente del apuro:

—Es el señor Bailey, mi tutor.

Guillermo le saludó respetuosamente.

—Muchas gracias, señor, por los cuidados que prodiga a Daisy.

Bailey quedó un tanto perplejo. No sabía qué hacer. Aquella farsa que Daisy había iniciado le parecía un tanto ridícula. Pero Daisy le dirigió una mirada que era



—*Y estos?*

una tierna súplica. Bailey estaba acostumbrado a ceder a sus caprichos de niña mal educada. Accedería una vez más.

Le estrechó la mano.

—Daisy me ha hablado de usted. También yo le agradezco sus atenciones.

Guillermo volvió al lado de la enferma.
—También le he traído unos bombones.
Desenvolvió y abrió la caja.

Daisy se horrorizó. Si se comiera uno solo de aquellos bombones se moriría inmediatamente. Bueno estaba su estómago.

—Gracias, Guillermo, pero no puedo comer nada.

—¡Qué lástima!

Después se levantó. Había tenido una gran idea.

—¡Cómaselos usted! —dijo a Bailey, entregándole la caja.

Bailey se quedó boquiabierto con la caja en las manos.

—Son muy buenos. Pruébelos y verá —le recomendó el soldado.

Maquinalmente, Bailey cogió un bombón y se lo llevó a la boca.

De pronto oyó la voz de Daisy.

—Pon estas flores en agua.

Bailey cogió las flores. Estaba como hipnotizado. Tanto Guillermo como Daisy decían las cosas de un modo que era imposible dejar de obedecer.

Con las flores y la caja en las manos

fué un momento espectador de lo que ocurría en la chaise-longue.

Guillermo se había apoderado de una mano de Daisy y le tomaba el pulso. Después le tocó la frente.

Estaban absortos el uno en el otro. Comprendió que estaba allí de más y se retiró al vestíbulo, donde se dedicó, después de dejar los bombones y las flores sobre un velador, a contar los dibujos de la alfombra, a medir los pasos que había de un testero a otro y otros trabajos semejantes. El caso era no aburrirse.

Entretanto, Guillermo contaba a Daisy la aventura del retrato.

La enferma rió de buena gana.

—¿Y aun guarda usted ese retrato?

—Naturalmente.

Y añadió después de una pausa:

—Pero quisiera tener otro para colocarlo aquí.

Había extraído de su bolsillo una cartera en la que se veía un marco de celuloide.

La respuesta de Daisy fué llamar a Concha y pedirle sus retratos.

—Los que están en el segundo estante —precisó.

Cuando Concha fué a cogerlos, Bailey le preguntó:

—¿Qué va usted a hacer?

—La señora me ha pedido sus retratos.

Y cogió los del segundo estante.

Bailey se los quitó de la mano. Era la colección que la propia Daisy había calificado de “moral”.

—¿Y éstos?

Bailey había extraído del primer estante otra colección en que Daisy aparecía con sus trajes de escena. En algunos no llevaría más de palmo y medio de tela.

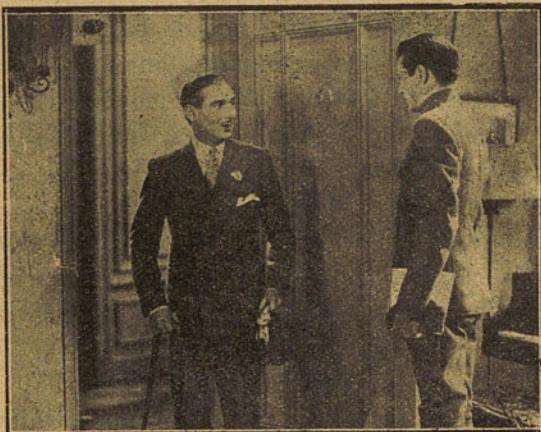
—Tenga. Lléveselos también.

Pero el ardido no dió resultado. Daisy comenzó por entregar a Guillermo unos cuantos de la colección “moral”, y mientras lo contemplaba, hizo una rápida selección, ocultando debajo de un cojín aquellos que eran como un muestrario de sus bellezas íntimas.

Guillermo eligió el que mejor se amoldaba a su cartera.

Continuaron hablando, hablando. Final-

mente, Guillermo recomendó a la enferma que procurara dormirse. Y ella cerró los ojos, y tal empeño puso en obedecerle, que se quedó dormida.



Abrió la puerta.

Entonces se levantó Guillermo con mucho sigilo, le arregló los cojines de la cábecera y salió del gabinete de puntillas, corriendo las cortinas con cuidado.

Se tropezó con Bailey, que en aquel momento iba a entrar.

Le cogió de un brazo, recomendándole silencio, y le condujo hacia la puerta.

—Vámonos; se ha dormido.

El mismo le entregó el bastón, el sombrero y los guantes.

Abrió la puerta.

Bailey obedecía a todo. Estaba visto que aquel hombre tenía el don de imponerle su voluntad.

VI

Sobre la chaise-longue halló un papel. Vió que estaba escrito. Lo leyó.

“Estimada Daisy: La invito a dar un paseo. Visitaremos el Acuario, el puente de Brooklyn y la estatua de la Libertad. Estoy seguro de que pasará usted un buen rato.

GUILLERMO FYLER”

Ahora comprendió Bailey por qué no estaba Daisy en casa. Decidió esperarla. La soledad le permitió tomar una determinación sobre aquellos hechos que cada vez enredaban más las cosas.

Cuando Daisy volvió, la saludó con las siguientes palabras:

—Nos estamos excediendo, Daisy.

—Supongo que no irás a hacerme una escena—replicó ella, comprendiendo rápidamente el fondo de aquellas palabras.

—De ningún modo, Daisy. Ya sabes que las escenas no son mi fuerte. Quiero, simplemente, aconsejarte como un buen amigo.

—No puede haber ningún mal en atender a un muchacho que acaso está viviendo sus últimos días.

—¿Has pensado en lo que ocurriría si ese muchacho se enterase de que yo soy tu amante?

—¡No lo sabrá! ¡No lo sabrá!—exclamó Daisy en un tono de desesperada súplica.

—Si las cosas siguieran adelante no tendría más remedio que enterarse. Y entonces quedaríamos en ridículo los tres: él, tú y yo.

Las palabras eran claras y escuetas. Resplandecía en ellas la verdad. Aterrada, sobrecogida ante aquello que ocurriría fatalmente, Daisy comprendió que era preciso obedecer a Bailey. Sería lo mejor.

—Creo que lo más prudente será que no le vuelvas a recibir—apuntó Bailey.

—Sí, sí. Será lo más prudente.

Y con una amarga sonrisa, se cogió del brazo de Bailey y le pidió perdón.

* * *

Al día siguiente se dió orden de que no saliera nadie del cuartel. A la mañana siguiente se embarcarían las tropas. La orden desesperó a Guillermo. Si habían de partir era más preciso que nunca que viera a Daisy. Pero la orden era terminante. Pidió permiso a su capitán y se lo negó. Tuvo que escaparse.

Mirando a un lado y a otro por temor a tropezarse a los que hacían la vigilancia, llegó a casa de Daisy. Quedó desconcertado

al oír de labios de la doncella que la señora no quería volver a recibirla.

—Me voy mañana. Es preciso que la vea. Dígale usted que me voy mañana.



—... Quiero, simplemente, aconsejarte como un buen amigo.

—No está—repuso Concha, compadecida—. Ya sabe usted que es la hora del teatro.

Corrió al teatro. Tampoco allí quiso re-

cibirle. Pero era preciso verla. No se iría sin verla por última vez.

Esperó cerca de la puertecilla del escenario. Mucho tiempo después se detuvo un auto ante la salida. El de ella, sin duda. Y he aquí que en aquel momento dos soldados aparecieron en la esquina: era una de las parejas de vigilancia.

Oculto en un portal, continuó la angustiosa espera. Por fin, salió Daisy y subió al automóvil. Jugándose el todo por el todo, salió de su escondrijo y se introdujo en el auto. Se retiró a un rincón del asiento en tanto Daisy le contemplaba perpleja, sorprendida...

—Me voy mañana, Daisy. Perdóneme, pero no quería irme sin decirle adiós. ¡Si usted fuera tan amable que dijera al chofer que partiera! Hay en la esquina dos soldados de la vigilancia y me he escapado del cuartel.

Inmediatamente se puso el auto en marcha.

Cuando el chofer preguntó, ya lejos del peligro, la dirección que debía tomar, Daisy dijo a Guillermo:

—Dile tú a dónde debe ir. Esta noche mandas tú.

Hablaban en el tono desfallecido de quien es incapaz de sobreponerse a las tentaciones.

* * *

Fueron a Coney Island. Pasaron una noche feliz. Entraron en todos los bailes, jugaron en todas las tómbolas y subieron en todos los vehículos.

En las montañas rusas, la emoción de los descensos obligó a Daisy a abrazarse a Guillermo estrechamente. Poco después, el abrazo se repetía en la playa, sin más motivo que el de su mutuo amor.

Comenzó de pronto a llover y emprendieron el regreso a casa de Daisy. Y Daisy no dejó salir de allí a Guillermo. ¿Adónde iba con aquella lluvia?

Y una hora de charla en la intimidad del gabinete completó la felicidad de aquella noche inolvidable.



Y una hora de charla en la intimidad del gabinete...

* * *

Por la mañana, a la hora angustiosa y terrible de la separación, Guillermo dijo a Daisy:

—¿Por qué no nos casamos antes de que yo parta? Cerca del campamento hay una capilla.

La proposición pareció a Daisy muy natural. Se consideraba ya la esposa de Guillermo. Con la bendición o sin ella, estaban ya unidos para siempre.



... a la hora angustiosa y terrible de la separación...

—Sí, sí. Corramos. Habrá tiempo.

En este momento llegó Bailey, pero Bailey no podía significar ya un inconveniente. Bailey era un caballero y respetaría y acataría su resurrección. Le dijo que amaba

a Guillermo. Que iba a casarse con él y que sólo aquello le interesaba ya en la vida. Si no lo obtenía, prefería morir.

Bailey bajó la cabeza. Era hombre de corazón y amaba a Daisy a su modo. Llamó a Guillermo y le estrechó la mano.

—Desde hoy no me necesitará Daisy. Las mujeres casadas no necesitan tutor.

Y después tendió a Daisy la mano.

—¡Que seas muy feliz!

* * *

No había nadie en la capilla. El sacerdote procedió inmediatamente a casarlos. Sólo disponían de unos minutos. Las tropas estaban ya formadas en el campamento. Resonaban las cornetas.

Comenzaron a caer las frases del sacerdote solemnemente en el augusto silencio de la capilla.

De pronto, aparecieron en la puerta dos soldados de la vigilancia. Penetraron dis-

puestos a apoderarse del soldado, pero una mirada del sacerdote los detuvo.

Al comprender lo que sucedía, un repentina respeto sobrecogió a los soldados. Su



El sacerdote procedió inmediatamente a casarlos.

pensamiento oscilaba entre la pareja y el campamento. Deseaban que Guillermo se casara pero querían al mismo tiempo cumplir con su deber conduciendo a su puesto al soldado.

Por fin, llegó el momento solemne. Guillermo colocó el anillo en el dedo de Daisy y la rodeó con sus brazos.

El beso no fué sólo promesa de fidelidad. Fué también el último beso, el de la despedida.

Incapaz de hacer frente a tanta emoción, Daisy cayó desmayada cuando los soldados de vigilancia se llevaron a Guillermo.

* * *

Estuvo unos días sin asistir al teatro. Cuando fué supo que estaba ocupado su puesto. No le extrañó. Ahora sería la vedette otra muchacha que tuviera un amante influyente. Pidió un puesto en el coro y lo obtuvo. Tres dólares diarios. ¿Para qué quería más? Ahora, sus deseos se reducían a vivir, a ganarse la vida... a esperar a Guillermo.

Y aquella esperanza se convirtió en fe. Creía... creía con todo el entusiasmo de su redención.

Y sentía que desde muy lejos llegaba hasta ella el esfuvio de otro corazón, también lleno de fe.

Los dos, Daisy y Guillermo, fueron felices en su esperanza, esperanza que, por fortuna, se convirtió, un año después, en realidad.

FIN

Gran éxito de

La Novela Eva

Publicación semanal de novelas modernas

Hoy ha salido el primer cuaderno de la serie de 20 cuadernos de la novela

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutritivo

**1 cuaderno semanal
los jueves**

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!**

Últimos éxitos:

El Conde de Montecristo

La mujer ligera

Vírgenes modernas

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Precio: 1 peseta



**GRAN ÉXITO DE
La Novela Frívola Cinematográfica**

Regalo de Artísticas fotografías

PRONTO, la esperada colección

BIBLIOTECA

RODOLFO VALENTINO

Todos los asuntos interpretados por este
inimitable artista.

Primer número:

"COBRA"

Precio: 50 céntimos

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos



|||
EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA
|||

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
|||

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1
|||

E. B.